

Me conocen como el Especialista, contratado para servicios específicos. El Empresario dice quién es el cliente, me da las coordenadas del servicio, y yo lo hago. Antes de entrar en lo que importa —Kirsten, Ziff., D.S., Sangre de Buey— voy a contar cómo fueron algunos de mis servicios.

El último fue en la víspera de Navidad. El Empresario me dio una dirección y me dijo dónde podría encontrar al cliente, que estaba dando una fiesta para un montón de gente. Bastaba ir allí con un envoltorio de papel de color y meterme en la casa. El Empresario era un fulano flaco y alto, muy blanco, rubio, y andaba siempre de traje negro, camisa blanca, corbata negra y gafas de sol. Me pagaba bien.

—El cliente va de Papá Noel, tiene una verruga en la cara, al lado de la nariz, a la derecha.

Siempre, desde niño, he odiado a esos Papá Noel que andan haciendo «¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!». Sé que el odio es un arranque de insania, como dijo Horacio: *Ira furor brevis est*, pero nadie está libre de él. Me vestí bien, cogí una caja vacía e hice un paquete grande, como un regalo. Metí bajo la camisa mi Beretta con silenciador y llamé al timbre de la casa del cliente.

Por suerte para mí fue Papá Noel quien abrió la puerta.

—Entra, entra —dijo—. ¡Feliz Navidad!

—Haz «¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!» para mí —le pedí, mientras comprobaba que tenía la verruga junto a la nariz.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! —hizo él.

Le pegué un tiro en la cabeza. Yo siempre apunto a la cabeza. Con esos chalecos nuevos a prueba de bomba, aquella técnica de disparar al tercer botón de la camisa para acertar en el corazón puede no funcionar.

Ah, me acuerdo de otro trabajo que hice, no digo con placer, sino con una buena disposición. Al principio sentí cierto escrupulo, porque el fulano estaba lleno de hijos, chicos y chicas.

En ese caso vigilé al cliente antes de hacer el servicio. Vi que llegaba en coche y que la puerta del garaje tardaba en abrirse. Desde mi coche, al otro lado de la calle, podía observarlo. Era un fulano ni gordo ni delgado, bien vestido. Debía de querer mucho a sus hijos, iba siempre acompañado por uno de ellos. Que se joda, pensé, tengo que hacer mi servicio, pero dentro de mí sentía cierto malestar, creo que empezaba a sentir algo como flojera, y para un matador profesional lo peor del mundo es tener conciencia, no hay cosas malas y cosas buenas, todo es la misma mierda.

Yo nunca miraba con atención a los niños, cosa que es un error, el asesino profesional no mira, VE, esa es su virtud principal: ver, *videre acrius*, como decía Cicerón, ver bien. Yo, estúpidamente, no veía a los chiquillos, niños y niñas entre nueve y once años, nunca los mismos. Algunos iban mal vestidos, también había mulatas y una vez el niño era un chinito o cosa parecida. Aquel cabrón, el cliente, era un pedófilo. Ninguno era hijo suyo. Hay quien dice que esto es normal, que un diez por ciento de los hombres son pedófilos, pero también hay quien dice que la pedofilia es una enfermedad. A mí me es igual que sea enfermedad o no, el caso es que no me gustan los pedófilos.

Entrar en el garaje del pedófilo no fue difícil. Metí mi coche en la trasera del suyo en cuanto se abrió la puerta del garaje y entré pegado a su coche. Cuando paramos, él me dijo que lo que yo había hecho estaba prohibido, que tiene que entrar solo un coche cada vez. Respondí que tenía razón pero que yo era nuevo en la casa. Le acompañaba un niño que no tendría más de nueve años.

Salí del ascensor en el mismo piso que él, el corredor estaba vacío y metí con fuerza el cañón de la pistola en las costillas del cabrón.

—Abre la puerta de tu piso —dije.

Entramos.

—Tú quieres dinero, ¿no?

—Sí —respondí.

Fuimos hasta una caja fuerte, la abrió. Había un montón de dinero.

—Mételo en una bolsa —dije.

Metió los cuartos en la bolsa de una tienda de lujo fino.

—Espérame en la sala —le dije al chiquillo.

Nos quedamos yo y el cliente frente a la caja fuerte abierta. Sin prisa, fui atornillando el silenciador al cañón de la pistola.

—Yo ya te he dado todo el dinero que tenía —dijo.

—Pues, vas a joderte —respondí, y le pegué un tiro en la cabeza.

El chiquillo me esperaba en la sala.

—Vámonos —dije.

En el garaje, cogí el mando a distancia del coche del cliente, entré en mi coche con el chaval y salimos. Le pregunté al chico dónde vivía. En una barraca, en la favela.

En cuanto entramos, una gorda de unos treinta años, pero que parecía tener cincuenta, agarró al pequeño por las orejas.

—¿Dónde te has metido, eh?

—Este señor me llevó a su casa a comer pasteles —respondió el pequeño.

—No puedo salir de aquí porque este golfo se larga siempre y va a hacer de las suyas —suspiró la gorda.

—¿Y tú a dónde fuiste y dejaste al pequeño solo? —pregunté rozándole levemente el pecho con el cañón de la pistola.

—Yo tengo que trabajar para comprar comida para ese chiquillo y para sus dos hermanos pequeños. Mi marido se largó —respondió ella con los ojos muy abiertos y la voz trémula.

—Pues ahora vas a dejar de trabajar —dije yo, dejando en su mano la bolsa llena de dinero.

—Abre una libreta de ahorro y quédate en casa cuidando de los hijos. ¿Has oído?

Apreté el cañón de la pistola en el rostro de la gorda para dejar una marca. Ella gimió.

—Volveré por aquí. Si no cuidas a los hijos como se debe, te mataré. ¿Lo has oído? Y si le das los cuartos a un chulo, os mato a los dos.

Nunca más volví, claro. Aquella favela estaba llena de mujeres desgraciadas, llenas de hijos, abandonadas por los maridos. ¡Hay que joderse!